

LIBRO QUINCUAGÉSIMO SEGUNDO

BRIENNE Y MONTMIRAIL

Llegada de Napoleón á Chalóns del Marne el 25 de enero. - Abatimiento de los mariscales y seguridad de Napoleón. - Su plan de campaña. - Su proyecto de maniobrar entre el Sena y el Marne, en la convicción de que los ejércitos coligados se dividirían para seguir el curso de ambos ríos. - Sospechando que el mariscal Blücher ha llegado al Aube para reunirse al príncipe de Schwartzberg, se decide á caer primero sobre el general prusiano. - Brillante combate en Brienne el 27 de enero. - Blücher es arrojado á la Rothiere con pérdidas bastante notables. - En ese momento los soberanos reunidos en torno del príncipe de Schwartzberg deliberan si es preciso detenerse en Langres para negociar antes de proseguir la guerra. - Llegada de lord Castlereagh al campo de los aliados. - Carácter é influencia de este personaje. - Los prusianos por venganza y Alejandro por orgullo herido quieren continuar la guerra á todo trance. - Los austríacos desean tratar con Napoleón en cuanto se pueda hacer honrosamente. - Lord Castlereagh se pone con estos últimos bajo la condición de que se obligaría á la Francia á entrar en sus límites de 1790, y que al quitarle la Bélgica y la Holanda se formará con estos países un gran reino para la casa de Orange. - Unanimidad de los partidos para satisfacer á la Inglaterra. - Habiendo obtenido lord Castlereagh lo que quería, decide á las cortes aliadas á la apertura de un congreso en Chatillon, adonde se llamaría á Mr. de Caulaincourt para ofrecerle la vuelta de la Francia á sus antiguos límites. - Resuelta de este modo la cuestión política, la cuestión militar se halla resuelta por la acción ocurrida entre Blücher y Napoleón. - El príncipe de Schwartzberg llega en socorro del general prusiano con todo el ejército de Bohemia. - Posición de Napoleón teniendo su derecha en el Aube, su centro en la Rothiere y su izquierda en los bosques de Ajou. - Sangrienta batalla de la Rothiere dada el 1.º de febrero de 1814, en la cual Napoleón con treinta y dos mil hombres se sostiene firme todo un día contra cien mil combatientes. - Retirada á Troyes en buen orden el 8 de febrero. - Posición casi desesperada de Napoleón. - Replegado sobre Troyes no tiene cincuenta mil hombres que oponer á los ejércitos aliados que pueden reunir doscientos veinte mil. - Presa de los sentimientos más dolorosos, no pierde el valor sin embargo, y toma sus disposiciones en la previsión de una falta capital por parte del enemigo. - Sus medidas para la evacuación de la Italia y el llamamiento á París de una parte de los ejércitos que defendían los Pirineos. - Orden de disputar París á todo trance mientras maniobraba él, y de hacer salir á su mujer y á su hijo. - Reunión del congreso en Chatillon. - Proposiciones insultantes hechas á Mr. de Caulaincourt, consistentes en encerrar á la Francia en los límites de 1790, obligándola además á permanecer extraña á todos los arreglos europeos. - Dolor y desesperación de Mr. de Caulaincourt. - Durante ese tiempo la falta que prevenía Napoleón se cumple. - Los aliados se dividen en dos masas; la una á las órdenes de Blücher debe seguir el Marne y adelantarse á Napoleón por su izquierda para obligarle á replegarse sobre París, en tanto que la otra, dejando el Sena, le llevaría igualmente hacia París para derrotarle con las fuerzas reunidas de la coalición. - Napoleón, saliendo el 9 de febrero por la tarde de Nogent con la guardia y el cuerpo de Marmont, marcha hasta Champ Aubert, donde encuentra el ejército de Silesia dividido en cuatro cuerpos. - Combates de Champ-Aubert, de Montmirail, de Chateau-Thierry y de Vauchamp en los días 10, 11, 12 y 14 de febrero. - Napoleón hace veinte mil prisioneros al ejército de Silesia y le mata diez mil hombres con casi ninguna pérdida por su parte. - Apenas libre de Blücher, se arroja por Guignes sobre Schwartzberg que había atravesado el Sena y le obliga á repararle en desorden. - Combates de Nangis y de Montereau en los días 18 y 19 de febrero. - Pérdidas considerables de los rusos, los bávaros y los wurtembergueses. - Una tardanza sobrevenida en Montereau permite escaparse al cuerpo de Colloredo que iba á ser copado. - Grandes resultados obtenidos en algunos días por Napoleón. - Situación completamente cambiada. - Sucesos militares en Bélgica, en Lyon, en Italia y en la frontera de España. - Revocación de las órdenes enviadas al príncipe Eugenio para la evacuación de Italia. - Marcha de Fernando VII á España y del papa á Italia. - La coalición, en vista de sus descalabros, se decide á pedir un armisticio. - Envío del príncipe Wenceslao de Lichtenstein á Napoleón. - Napoleón aparenta recibirle bien, pero resuelto á perseguir á los aliados sin descanso, se limita á un convenio verbal para la ocupación pacífica de Troyes. - Resultado inesperado de este primer período de la campaña.

Napoleón salió el 25 por la mañana de París y llegó en el mismo día á Chalóns del Marne, cuyo camino estaba obstruído ya por un crecido número de fugitivos, soldados y aldeanos. Los habitantes de Chalóns á quienes su presencia devolvía la confianza, gritaban mucho: ¡Viva el emperador!, pero añadiendo: ¡Abajo los derechos reunidos!; tan general se hacía ya la protesta contra el régimen establecido. A decir verdad era el grito del egoísmo local contra el más necesario de los impuestos, que todos los aduladores del pueblo á cualquiera clase que pertenezcan prometen siempre abolir sin poder reemplazarle nunca, pero que entonces en realidad significaba: ¡Abajo el régimen imperial! Los chalonenses clamaban contra este régimen en lo que más les perjudicaba, en su calidad de cosecheros de la Champaña.

Napoleón no hizo caso, se mostró apacible y sereno, y así se granjeó todas sus simpatías.

Berthier le esperaba en Chalóns. El anciano duque de Valmy, que seguía al frente de la administración de los depósitos, había acudido al mismo punto así como Marmont y Ney. Todos estaban muy turbados, aunque ordinariamente les intimidaba poco el peligro; pero como sólo tenían á sus órdenes restos de fuerzas, pedían refuerzos con urgencia, y al ver llegar á Napoleón se prometían recibirlos con él. Por desgracia Napoleón no les llevaba más que su persona; era mucho ciertamente, como luego veremos, pero no lo bastante para resistir á la masa de enemigos desencadenados contra la Francia. Sus capitanes le preguntaban si le seguían tropas. «No,» respondió Napoleón con sangre fría; y después

de haberlos consternado con esta respuesta los reanimó en seguida con el atrevimiento y la profundidad de los planes que les expuso. Parecía que, desembarazado de los amargos cuidados que le agobiaban en París, recuperaba al entrar de nuevo en su vida de soldado toda su serenidad de alma hasta el punto de descubrir recursos donde nadie los veía. Habló largamente á sus mariscales y les expuso la situación de esta manera.

Sus fuerzas se reducían, digámoslo así, á lo que los mariscales traían consigo. Víctor tenía unos siete mil infantes y tres mil quinientos caballos; Marmont seis mil infantes y dos mil quinientos caballos, y Ney seis mil infantes. Estos tres mariscales poseían además ciento veinte bocas de fuego con buenos trenes. A doce leguas de allí, es decir, en Arcis del Aube, el general Gerard tenía una división de reserva de seis mil hombres; á diez y ocho leguas, esto es, en Troyes, el mariscal Mortier tenía quince mil soldados de la vieja guardia, infantería y caballería, lo que formaba un total de unos cuarenta y siete mil hombres. Lefebvre-Desnoettes llegaba con la caballería de la guardia, que contaba unos tres mil caballos y con algunos miles de hombres de infantería de joven guardia, ó sean batallones sacados de los depósitos, lo que suponía un total de más de cincuenta mil hombres en la parte más encumbrada del territorio, sin contar la segunda división de reserva que se organizaba á las órdenes del general Hamelinaye en Troyes, ni la caballería que formaba en el Sena Pajol, ni los guardias nacionales. Todo esto era bien poco en verdad contra los doscientos treinta mil soldados agueridos que marchaban hacia la capital, sin hablar de los que debían venir muy luego. En París se formaban también dos divisiones de joven guardia y algunos nuevos batallones de línea; por el camino de Burdeos avanzaban varias divisiones de España, y por último llegaba Macdonald por los Ardennes con unos doce mil hombres. Pero estos refuerzos debían ser muy inferiores á los que esperaba el enemigo, y para el primer choque había cincuenta mil hombres para doscientos treinta mil. Napoleón no dijo toda la verdad á sus capitanes temiendo desanimarlos; pero, sin embargo, no se alejó mucho de ella. A su juicio no había motivo para asustarse. El enemigo era numeroso, pero se hallaba dividido, y era imposible que no cometiera grandes faltas, las cuales se aprovecharían. Los invasores avanzaban por dos caminos, el del Esté de Basilea á París y el del Nordeste de Maguncia á París; y era difícil que marcharan de otro modo, en atención á que tenían que ligar sus operaciones con las tropas que maniobraban en los Países Bajos. Independientemente de esa separación forzosa entre el ejército de Blücher, antiguo ejército de Silesia, y el de Schwartzberg, antiguo ejército de Bohemia, el enemigo se había fraccionado además por motivos secundarios. Blücher había dejado tropas en el bloqueo de Maguncia y de Metz; las columnas de Schwartzberg estaban muy apartadas unas de otras; la de Bubna había tomado por Ginebra; la de Colloredo avanzaba por Auxonne y la Borgoña; la de Giulay y del príncipe de Wurtemberg por Langres y la Champaña; la de Wrede por la Alsacia, y en fin la de Wittgenstein se hallaba en las cercanías de Estrasburgo, habiendo además algunos destacamentos cerca de Besanzón, Belfort y Huningue, etc.

No era posible que tantos cuerpos diseminados estuviesen dirigidos con bastante acierto para ser concentrados oportunamente en el teatro del combate. Además la configuración de los lugares debía inducirles á cometer las faltas de que se esperaba sacar mucho partido.

Cuando se adelanta hacia la capital de la Francia por el Nordeste ó por el Este, se llega después de haber atravesado el Mosa ó el Saona á la orilla de un territorio cuyo centro es París, y hacia el cual corren el Marne y el Sena formando un ángulo cuyos lados van á reunirse en una cumbre común que es París. Blücher seguía entonces un lado de ese ángulo marchando hasta Saint-Dizier por el Marne; Schwartzberg seguía el otro persiguiendo á Mortier por la orilla del Sena. La ocasión era propicia para arrojarle repentinamente sobre uno de ellos, cualquiera de los dos, con las fuerzas que pudieran reunirse. A los veinticinco mil hombres de Ney, Víctor y Marmont, Napoleón añadiría el destacamento de Lefebvre-Desnoettes con una inmensa cantidad de artillería. Después de haber subido el Marne hasta Saint-Dizier, podía correr prontamente sobre su derecha, atraer hacia sí á Gerard y Mortier, y caer con cincuenta mil hombres sobre la columna de Schwartzberg. Era probable que se alcanzaría una victoria, y este primer triunfo detendría la marcha tan confiada de los aliados. Si se prolongaba la guerra, maniobrando bien en ese ángulo formado por el Sena y el Marne, se podían conseguir otros triunfos quizá muy importantes. Por una parte el duque de Valmy haría ocupar los diferentes pasos del Marne poniendo sobre las armas á todos los guardias nacionales, levantando barricadas en todos los puentes; por otra, Pajol con la caballería y los guardias nacionales tomaría las mismas precauciones en el Sena y llevaría sus operaciones hasta el Yonne, que es como si dijéramos un brazo destacado del Sena.

Entre estas dos líneas del Marne y del Sena se encuentra una línea intermedia, la del Aube, que multiplica las dificultades para el agresor y los medios de resistencia para el atacado. El enemigo una vez en el caso de repartirse entre esos varios ríos, ya por su elección, ya por necesidad, y no estando en posesión de los pasos que nosotros ocuparíamos exclusivamente, suministraría mil ocasiones de batirle, ocasiones que había que aprovechar con prontitud, de lo cual se encargaba Napoleón. Durante ese tiempo llegarían tropas de España y del interior; la población, reanimada con las victorias, recobraría el ánimo; Augereau subiría de Lyon á Besanzón y molestaría la retaguardia del enemigo; los comandantes de nuestras plazas ejecutarían frecuentes salidas contra los escasos cuerpos que los bloqueaban, y si la fortuna no era adversa en todo y por todo, alguna jornada habría buena, y Caulaincourt, secundado de ese modo, acabaría por firmar una paz honrosa. «¡No está todo perdido!», exclamaba Napoleón. «¡La guerra presenta tantos cambios cuando se sabe perseverar en ella! ¡El vencido es sólo el que quiere serlo! Sin duda se atravesarían días difíciles: á veces habría que combatir uno contra tres, ó contra cuatro, mas ya se había hecho esto en la juventud y podía repetirse entonces. Además de todos los restos del antiguo ejército, se había conservado una excelente y numerosa artillería, de modo que podían contarse cinco ó seis piezas por mil hombres. Las balas de cañón equivalen sin duda á las

de fusil. Se habían alcanzado todas las glorias; pero quedaba una última gloria que adquirir, gloria que completase y sobrepujase á todas las demás, la de resistir á la mala fortuna y vencerla; después se volverían todos á sus lugares y envejecerían juntos en esta Francia que gracias á sus heroicos soldados, después de tantas fases diversas, habría salvado su verdadera grandeza, la de sus fronteras naturales, conquistando también á la vez un lauro eterno.»

Al decir estas nobles cosas, Napoleón se mostraba sereno, risueño, rejuvenecido, y parecía creer todo cuanto decía (creía efectivamente una parte de ello), hasta tal punto su genio sabía descubrir probabilidades ocultas á otros ojos. Así acabó por comunicar á sus capitanes algo de su confianza y los halló menos abatidos que los había encontrado. El más animado en aquel momento y el que demostraba mejores disposiciones era el mariscal Marmont. Ney estaba triste, el héroe de Moskowa parecía hallarse aún bajo el influjo de la jornada de Dennewitz.

Aquella misma noche, Napoleón, sin descansar, ordenó al duque de Valmy que reuniera en Chalóns los destacamentos que se replegaban, excepto las fuerzas de los depósitos que debían marchar hacia París; que pusiera por todas partes sobre las armas á los guardias nacionales y que levantara barricadas en las aldeas y los pueblos que tenían puentes sobre el Marne; ordenó igualmente á Macdonald, que terminaba su movimiento retrógrado, que se detuviera en Chalóns para guardar el curso del Marne; prescribió á Mortier que saliera de Troyes y se reuniera con Gerard en la orilla del Aube, línea intermedia, como hemos dicho, entre el Sena y el Marne, y que se dispusieran á recibirle ó á venir á él; y por último mandó á Pajol que cuidara de los puentes del Sena y del Yonne, como Nogent, Montereau, Sens, Joigny y Auxerre, y que se corriera bastante á la derecha con su caballería para interceptar á los que trataran de penetrar hasta el Loire.

En la mañana del otro día, que era el 26, Napoleón pasó á Vitry, Lefebvre Desnoettes se había reunido á él, y con Lefebvre, Marmont, Ney y Víctor, tenía un total de unos treinta y cuatro mil hombres. El enemigo ocupaba Saint-Dizier: Napoleón ordenó que le arrojaran de allí, lo que fué ejecutado con el mayor vigor.

La presencia de Napoleón había reanimado el valor en todos los corazones. Entraron en Saint-Dizier después de haber hecho algunos prisioneros que pertenecían al cuerpo ruso de Landskoi. He aquí ahora lo que pasaba entre los aliados.

Cansado de esperar á lord Castlereagh y á pesar de sus deseos de ser el primero en hablarle, Alejandro, que abrigaba la pretensión de ser necesario en todas partes, y que sin duda era útil en muchas con frecuencia, había querido seguir al gran cuartel general, diciendo que sin él reñirían y que no harían más que cometer faltas. Bajo este concepto había pasado á Langres, donde le acompañaron los soberanos y los ministros aliados. Una parte considerable del ejército del príncipe de Schwartzberg se había extendido entre el alto Marne y el Aube superior, entre Chaumont y Bar del Aube, esperando á Blücher que llegaba por Saint-Dizier. Allí se habían puesto á deliberar lo que era necesario hacer para conformarse con las divisiones establecidas por

Mr. de Metternich en los diversos períodos de la guerra. Con efecto, habían terminado el primer período que consistía en avanzar hasta el Rhin, con más el segundo que era adelantarse hasta más allá de los Vosgos y de los Ardennes, y faltaba el tercero y más difícil cual era el de marchar hacia París. Las opiniones estaban muy divididas acerca de este tercer período, y contaban con lord Castlereagh, que por fin acababa de llegar para resolver la cuestión. Provisionalmente, para no prolongar un silencio descortés con Mr. de Caulaincourt, le habían designado Chatillón del Sena como lugar de las futuras negociaciones. Mucho trabajo había costado arrancar esta concesión á Alejandro, que ya se inclinaba á no tratar sino dentro de París; pero contribuyó á hacerle ceder el lugar del nuevo congreso que él había querido elegir en Francia para imponer á Napoleón la humillación de tratar en el seno de sus provincias invadidas. Al mismo tiempo, los diferentes ejércitos trataban de acercarse. En tanto que el ejército del príncipe de Schwartzberg estaba esparcido en rededor de Langres, Blücher, después de haber salido de Nancy, había atravesado Saint-Dizier dejando aquí el destacamento ruso de Landskoi, para hacer creer que bajaba hacia Chalóns siguiendo el Marne, y por el contrario había dejado el Marne para correr hacia el Aube á fin de reunirse con Schwartzberg, animar al grande ejército con su presencia, cortar todas las dudas y resolver una marcha atrevida sobre París.

Habiendo dejado el cuerpo del conde de Saint-Priest hacia Coblenza, una parte del de Langerón delante de Maguncia y el de York delante de Metz, llegaba con el cuerpo de Sacken y el resto del de Langerón. Además, habiendo encontrado en su camino á la vanguardia de Wittgenstein mandada por Pahlen, la había recogido y así contaba con una fuerza de más de treinta mil hombres. Acababa de desfilarse transversalmente del Marne al Aube en el momento en que Napoleón tocaba á Saint-Dizier. El Marne en esa parte superior de su curso, es decir, á la altura de Saint-Dizier, está á diez ó doce leguas del Aube.

Tal era la situación de los aliados el 27 de enero cuando Napoleón entró en Saint-Dizier, donde supo por los prisioneros y por las gentes del país, interrogadas con un arte que él sólo poseía, que Blücher á la cabeza de unos treinta mil hombres había pasado por delante de él, probablemente para ir á reunirse con la columna que perseguía á Mortier por la orilla del Aube. Sin vacilar un instante, resolvió seguir sus huellas sin descanso hasta que le alcanzara y batiera. Colocado en la vía de sus comunicaciones é interceptándole los socorros que podían llegarle de los cuerpos que habían quedado atrás, teniendo además la posibilidad de alcanzarle antes que se reuniera con Schwartzberg, podía prometerse encontrarle en mala posición, de la que sacaría un gran partido.

Napoleón habría podido, subiendo el Marne hasta Joinville, ganar una calzada que por Doulevant y Soullaines concluye con el Aube hacia Brienne; pero esto era perder un día y prefirió dirigirse en seguida hacia su derecha por un camino transversal que concluye directamente en el Aube á la altura de Brienne.

Era este un país de bosque y praderías fácil de atravesar en dos marchas. Recomendó al mariscal Mortier

y al general Gerard que se sostuvieran en el Aube mientras él podía reunirse con ellos. Por la calzada de Joinville á Doulevant, que él no quería tomar, envió lo que había llegado del cuerpo de Marmont con la división Duhesme del cuerpo de Víctor, y añadió los dragones de Briche para batir el país é interceptar el camino de Nancy por donde podían sobrevenir las tropas de Blücher, que se habían quedado atrás. Napoleón con Víctor, Ney y toda la caballería, diez y ocho mil hombres, marchó hacia Brienne por el camino de atajo de Eclairón á Montierender. Los días anteriores había helado, y el 28, día de esta primera marcha, estaba lloviendo. Así fué que costó mucho trabajo andar por aquellos caminos que sólo servían para la explotación de los bosques. Felizmente la artillería tenía buenos tiros, y además con el socorro de los habitantes del país, que prestaban gustosos sus brazos y sus caballos, llegaron aunque muy tarde á Montierender. Al atravesar Eclairón hallaron á sus habitantes desolados por los destrozos que allí había ejercido el enemigo. Después de las resoluciones moderadas de que habían hecho alarde al entrar en Francia, los aliados habían vuelto á las costumbres de la guerra, que la barbarie entre los rusos y un odio ciego entre los prusianos hacían aún más crueles. Saqueaban y destrozaban por gusto cuando no por necesidad. Los aldeanos consternados habían dirigido sus quejas á Napoleón, que les concedió algunos socorros de sus rentas privadas, y les prometió además la reconstrucción de su iglesia que había sido destruida.

Al otro día, 29, salieron de Montierender con dirección á Brienne, y, como la víspera, les costó mucho trabajo avanzar por unos caminos que la lluvia había puesto en el peor estado. Por último, á eso de las cuatro de la tarde Grouchy, que mandaba la caballería del ejército, y Lefebvre Desnoettes la de la guardia, al desembocar del bosque de Ajon, descubrieron en una llanura ligeramente ondulada la caballería del conde Pahlen, apoyada por algunos batallones ligeros de Scherbatow. Un poco más allá se distinguía el pueblecillo de Brienne con su castillo edificado sobre un cerro y rodeado de monte. Por el lado opuesto corría el Aube. A la orilla del Aube se veían muchas tropas que parecían retroceder en su camino. He aquí lo que estos movimientos significaban.

Blücher, al llegar á Bar del Aube, pueblecillo situado en la orilla del río más arriba de Brienne, se había imaginado que Mortier trataba de atravesar el Aube para reunirse con Napoleón hacia el Marne, y habiendo resuelto impedirle había marchado hacia Brienne, Lesmont y Arcis con intención de cortar los puentes del Aube. Pero sabedor de la llegada de Napoleón, se había apresurado á retroceder, y en aquel momento, á la cabeza del cuerpo de Sacken, atravesaba el pueblecillo de Brienne, para volverse hacia Bar del Aube. A fin de cubrir este movimiento, el conde Pahlen con su caballería y algunos batallones ligeros del príncipe Scherbatow, observaba la llanura y la ladera de los montes por donde debía desembocar el ejército francés. El general Olsouvieff guardaba las inmediaciones de Brienne que atravesaba al retroceder hacia Bar el gran parque de artillería de los prusianos.

En cuanto reconoció los escuadrones del conde Pahlen, Lefebvre Desnoettes se lanzó sobre ellos con su

caballería ligera y les obligó á que se replegaran sobre los batallones de Scherbatow formados en cuadros. La caballería rusa fué con efecto á resguardarse detrás de esos batallones, y se colocó á la derecha de la línea enemiga enfrente de nuestra izquierda. Durante ese tiempo Olsouvieff se había desplegado delante de la población á fin de proteger á Brienne, que le importaba mucho ocupar bien, á fin de que pudiera desfilarse con seguridad el parque de artillería de los prusianos.

Hallándose todavía en los montes la infantería francesa, Napoleón se vió reducido á cañonear la línea rusa, que sus jinetes no podían atacar, y hubieron de limitarse durante dos horas á un tiroteo de cañón que no dejó de causar bastantes estragos. Por último, comenzando ya á desembocar Ney y Víctor, Napoleón ordenó un ataque inmediato. Víctor había dejado la división Duhesme á Marmont, y Ney sólo tenía dos divisiones escasas de la guardia, de modo que disponíamos á lo más de diez á once mil hombres de infantería con seis mil de caballería. Blücher tenía treinta mil hombres cuando menos. Sin embargo, Napoleón no vaciló, pues entonces no se contaban ya los enemigos y por el contrario se contaban las horas. Mandó á Ney en dos columnas directamente á Brienne en tanto que dirigía por su derecha una brigada del cuerpo de Víctor hacia el castillo de Brienne y llevaba hacia su izquierda el resto de ese cuerpo, para amenazar el camino de Brienne á Bar, lo que debía determinar la retirada de Blücher.

Estas disposiciones tuvieron desde luego el buen éxito que se deseaba. Contábamos con pocos soldados aguerridos; la joven guardia se componía de quintos apenas uniformados y que jamás habían disparado un fusil. Los llamaban los *María-Luisa*, del nombre de la regente bajo cuyo gobierno habían sido llamados y organizados. Pero estaban en cuadros famosos y conducidos por el mariscal Ney. Aquellos jóvenes soportaron un fuego violento con el mayor valor y obligaron á la infantería rusa á que se replegara hacia Brienne, aunque era tres veces más numerosa que ellos. Por desgracia un incidente ocurrido en nuestra derecha vino á retardar el triunfo. Hacia esa ala la débil columna de Víctor que Napoleón había dirigido por el camino de Bar á fin de amenazar la línea de retirada de Blücher, se había encontrado enfrente de la caballería rusa que había pasado toda hacia ese lado, en tanto que la nuestra estaba en el lado opuesto. Acometida bruscamente por muchos miles de soldados á caballo, la infantería de Víctor experimentó una especie de sorpresa y se vió obligada á retroceder. Napoleón, que estaba en medio de ella corrió el mayor peligro y vió cómo le tomaban algunas piezas de artillería. Este movimiento retrógrado de nuestra izquierda detuvo el ímpetu de Ney. Pero en aquel momento la brigada destacada de Víctor sobre la derecha había flanqueado á Brienne, penetrado á través del parque de artillería y asaltado y tomado el castillo; estuvo á punto de coger á Blücher con su estado mayor y capturó al hijo del canciller de Hamburgo. Por nuestra parte perdimos al contraalmirante Baste de los marinos de la guardia, que aquel día terminó una vida heroica con una muerte gloriosa. La conquista de esta posición dominante causó un gran movimiento entre los rusos. Entonces Ney marchó contra ellos con preseteza, entró en Brienne detrás de ellos y tomó el pueblo

en el mismo instante en que acababa de atravesar la artillería enemiga. Blücher, picado con el resultado de este primer encuentro y temiendo por la cola de su parque de artillería, quiso intentar un postrer esfuerzo para recobrar Brienne y ocuparlo á lo menos durante algunas horas. Con efecto, á eso de las diez de la noche ejecutó un ataque furioso contra el pueblo y el castillo á la cabeza de la infantería de Sacken. El ataque contra la población, favorecido por las tinieblas, obtuvo un principio de triunfo contra nuestros soldados bisoños, sorprendidos con aquel retorno ofensivo. Pero un valeroso oficial, el comandante de batallón Enders, que guardaba el castillo con un batallón del 56, llevó en derrota hasta la población á los enemigos, y éstos, recibidos por nuestros soldados que habían vuelto ya de su turbación, fueron todos muertos ó hechos prisioneros. Este triunfo nos reanimó; lanzaron la infantería de Sacken fuera del pueblo, y nuestra artillería que era numerosa, apuntando con la precisión que permitía la obscuridad, cubrió á los rusos de metralla.

Las once habían dado cuando se terminó este combate; la confusión era tan grande que Napoleón no juzgó prudente alojarse en el castillo; pasó la noche en una aldea próxima y se encontró un momento rodeado de cosacos al volver á su vivaque, y estuvo á punto de ser cogido. Berthier, precipitado en el fango, salió contuso.

En la mañana siguiente se vió más clara la posición. Se supo que habían combatido con más de treinta mil hombres, y que Blücher se retiraba á la vasta llanura que se extiende más allá de Brienne en el camino de Bar del Aube. Le siguieron con unos cien cañones y le acribillaron á balazos hasta el pueblecillo de la Rothiere.

Este combate era muy honroso para nuestros jóvenes soldados que, batiéndose en la proporción de uno contra dos, habían concluido por triunfar de las masas más antiguas de la coalición, mandada por el más antiguo de sus generales; desgraciadamente en breve tendrían que batirse para tratar de salvar la Francia, no uno contra dos, sino uno contra cinco. El enemigo había dejado en nuestro poder cuatro mil hombres entre muertos y heridos, y nosotros teníamos cerca de tres mil fuera de combate; pero como era nuestro el campo de batalla, nuestros heridos no se podían contar como hombres perdidos. El efecto moral importaba más todavía que el material. Nuestros soldados, desanimados cuando Napoleón se reunió con ellos en Chalóns, comenzaban á recuperar su valor al verle, al encontrarse en el fuego con él, al recobrar bajo su fuerte impulso la costumbre de vencer.

Aunque Napoleón no hubiese alcanzado todas las ventajas que se prometió de una irrupción repentina en medio de los cuerpos dispersados de la coalición, sin embargo había hecho sentir su presencia al enemigo; le había enseñado que no llegaría á París sin tirar un tiro, como creyó, según la facilidad de sus primeros movimientos, y se había interpuesto entre él y la capital para cortar el camino. Bajo este concepto la posición de Brienne era magnífica.

El río del Aube, donde acababa de detenerse Napoleón después de la ocupación de Brienne, divide en dos, como ya lo hemos dicho, el espacio que se extiende

del Marne al Sena. Colocado á orillas del Aube, Napoleón estaba casi á igual distancia del Marne que del Sena, y podía en dos marchas cortas llegar al uno ó al otro, á fin de detener al enemigo si quería avanzar hacia París por el camino de Chalóns ó por el de Troyes. Teniendo en Brienne el grueso de sus fuerzas, teniendo además cuerpos en Chalóns y otros en Troyes, dueño de reforzar alternativamente al uno ó al otro, y resignado en todo caso á batirse contra fuerzas infinitamente mayores, estaba seguro de llegar siempre á tiempo á aquel de los dos caminos que estuviese más amenazado. No podía considerarse como probable que el enemigo quisiera salir de ese ángulo para llevar el teatro de la guerra más allá del Marne ó del Sena. Blücher estaba en la precisión de permanecer ligado con las tropas que operaban hacia la Bélgica, como Schwartzberg con las que operaban en la Suiza, de manera que cada uno de ellos tenía un lazo, Blücher hacia el Norte y Schwartzberg hacia el Este. A mayor abundamiento, debiendo no alejarse mucho uno del otro si no querían correr grandes peligros, se veían obligados á seguir inevitablemente Blücher el Marne y Schwartzberg el Sena, á menos de no reunirse para marchar en una sola columna hacia París.

En vista de este estado de cosas profundamente estudiado, tomó Napoleón sus disposiciones.

En aquel momento las dos columnas enemigas no parecían formar más que una sola que tenía por dirección natural Troyes y las orillas del Sena. Napoleón se ocupó, pues, en aumentar sus principales fuerzas hacia Troyes, y por este motivo envió al mariscal Mortier con la vieja guardia de Arcis hacia Troyes, y colocó al general Gerard con la división Dufour, la primera de reserva, en Piney, á la mitad del camino de Brienne á Troyes. Recordaremos que en Troyes había comenzado á formarse la segunda división de reserva bajo el mando del general Hamelinaye, y que sólo contaba unos cuatro mil hombres. Napoleón ordenó que se completara cuanto antes hasta ocho mil y que entretanto se reforzara con todos los guardias nacionales de la Borgoña. Con Hamelinaye y Gerard que contaban doce mil hombres, y con la vieja guardia que ascendía á quince mil, el mariscal Mortier podía disponer de veintisiete mil hombres. Napoleón se prometió enviarle dentro de poco los quince mil hombres que venían en posta de España, lo que debía formar una masa de cuarenta mil hombres, de ellos treinta mil de las mejores tropas que se han visto en el mundo. Reuniéndose con Mortier con los veinticinco mil que tenía á la mano, y podía hacerlo mediante una buena marcha, tendría sesenta y cinco mil hombres que oponer al grande ejército de Schwartzberg, lo que en su situación era una fuerza considerable, y atendiendo al modo de batirse, casi suficiente para disputar el terreno. Prodigó al mismo tiempo nuevas atenciones á la defensa del Sena y del Yonne, y reiteró la orden de enviar á Pajol, además de la pequeña reserva de Burdeos que llegaba por Orleans, toda la caballería disponible en Versalles. Con estas fuerzas Pajol debía guardar Montereau, Sens, Joigny y Auxerre, y llevar las avanzadas de caballería por el canal de Loing hasta el Loira, á fin de vigilar toda tentativa de Schwartzberg fuera del círculo natural de sus operaciones.

Por el lado opuesto, es decir, hacia el Marne, Napoleón renovó al mariscal Macdonald la orden de marchar á Chalóns con cuantas fuerzas traía de las provincias rinianas, y mandó al duque de Valmy que reuniera en la Ferté-sous-Jouarre, en Meaux y en Chateau-Thierry, á los guardias nacionales que pudieran hallarse; que defendiera los puentes de esas diversas poblaciones y abasteciera éstas con los artículos alimenticios del país. En este punto, las fuerzas eran menores, pero sólo Blücher podía mostrarse allí si se separaba de Schwartzberg, y en ese caso Napoleón, que le tenía clavados los ojos como un cazador á su presa, estaba dispuesto á seguirle para cogerle de flanco ó á retaguardia. Al mismo tiempo repitió sus instancias para que organizaran en París nuevos batallones, y en Versalles nuevos escuadrones, á fin de añadir prontamente quince mil hombres á los veinticinco mil que tenía directamente á la mano. Si lograba esto, se hallaba casi en el estado de haberse las con todos sus enemigos, pues reuniéndose con Mortier hacia Troyes con cuarenta mil hombres, le ponía en ochenta mil, y reuniéndose hacia Chalóns con Macdonald, le reforzaba hasta cincuenta y cinco mil, y era casi suficiente para pelear contra Schwartzberg ó contra Blücher. Napoleón se consagró también á trazar el camino militar del ejército desde París hasta las márgenes del Aube, y decidió que pasaría por la Ferté-sous-Jouarre, Sezanne, Arcis y Brienne, que era la dirección más céntrica, y sobre la cual hizo aglomerar recursos de toda especie. Pensando que tendría que maniobrar muchas veces del Aube al Marne, mandó rodear á Sezanne de empalizadas y formar allí un vasto depósito de víveres y municiones de guerra.

En Brienne, donde estaba acampado, estableció su posición del modo más adecuado á la naturaleza del terreno. Colocó en Dieuville á la orilla del Aube su derecha, que debía componerse de la división de Ricard destacada de Marmont y de Gerard, que en caso de ataque tenía orden de correrse de Pincy á Dieuville. Estableció su centro consistente en las tropas de Víctor en la aldea de la Rothiere, en medio de una llanura que atravesaba la carretera con la guardia de reserva; y puso en fin su izquierda, compuesta del cuerpo de Marmont, en Morvilliers á lo largo de una colina bastante elevada delante del bosque de Ajou. Mandó á cada jefe de cuerpo, y principalmente á Marmont, que se rodeara de obras de campaña para compensar nuestra inferioridad numérica, en el caso muy probable de un ataque próximo. Acampado así en el Aube casi á igual distancia de los dos caminos que la coalición debía tener idea de seguir, esperaba dos cosas, la primera que se acabaran de organizar sus recursos, y la segunda que el enemigo cometiera alguna falta trascendental. Con esto último contaba mucho porque conocía muy bien á sus adversarios, y consideraba que la situación había cambiado notablemente en su favor desde el combate de Brienne. Así lo escribió á su mujer, á José, al archicanciller Cambaceres, á los duques de Feltré y de Rovigo, para que lo dijese en París á todo el mundo y se tranquilizaran y pudieran ocuparse con más celo en las diferentes creaciones que tenía mandadas (1).

(1) Los historiadores y autores de memorias, no habiendo leído la correspondencia de Napoleón ni sabiendo tampoco lo que hacía, le declaran casi loco por haberse detenido en Brienne des-

Durante este tiempo se agitaban graves cuestiones en el campo de los aliados, cuestiones á la vez políticas y militares. La cuestión política consistía en saber si se debía tratar con Napoleón, y la cuestión militar en si se detendrían en Langres ó se emprendería al punto el tercer período de la guerra antes de estar bien seguros de que la paz era imposible. Naturalmente, el partido de los espíritus ardientes, á cuya cabeza estaban los prusianos y Alejandro por los motivos que hemos expuesto ya, no querían ni tratar ni detenerse. El partido moderado, á cuya cabeza se hallaban los austriacos y algunos hombres prudentes de las diversas naciones coligadas, quería lo contrario. A lord Castlereagh, llegado por fin al cuartel general, le tocaba pronunciarse.

Cada cual, para atraérsele, le había concedido de antemano el objeto principal de sus deseos, esto es, la creación del reino de los Países Bajos, lo que procuraba á la Inglaterra la ventaja de quitar Amberes á la Francia, de poner las embocaduras de los ríos bajo una mano capaz de defenderlas, y por último de poder pedir á la Holanda en cambio de tan hermosos dones el cabo de Buena Esperanza, que es el Gibraltar del mar de las Indias, como la isla de Francia lo es de la isla de Malta. Lord Castlereagh tenía que hacer á los aliados otra confidencia que le ponía en apuros de hablar, y era un proyecto de matrimonio entre la princesa Carlota, heredera del cetro de Inglaterra, y el heredero de la casa de Orange, proyecto que en cualquiera otro tiempo habría suscitado las más fuertes oposiciones. Sin embargo Alejandro había acogido estas ambiciones británicas con la sonrisa que acordaba á todas las naciones cuya alianza solicitaba, y se mostraba dispuesto á consentir sin excepción á lo que quería la Inglaterra.

Este proyecto exigía por parte del Austria un sacrificio personal, el de los Países austriacos, pues restableciéndose generalmente el estado antiguo que tenían las cosas, esos países le tocaban al Austria; pero lo que ella prefería á todo era la Italia, es decir, Venecia, y dió su asentimiento á las miras de la Inglaterra después de haber adquirido la certidumbre de que en Italia se indemnizaría de su sacrificio. Quedaba un último punto sobre el cual lord Castlereagh tenía una opinión formada, y es que no se tratara del derecho marítimo. ¿Quién lo creería? En aquella reunión donde se encontraban potencias que aspiraban á formar una marina, apenas se ocuparon del derecho marítimo, y conside-

pués del combate del 29, y por haber querido dar una segunda batalla con fuerzas tan desproporcionadas. Por lo que acabamos de exponer se puede ver si estaba loco y si es prudente juzgar á un hombre semejante cuando no se conocen sus intenciones por documentos auténticos. El mariscal Marmont en sus Memorias se queja de la orden que Napoleón le dió de atrincherarse en Morvilliers. El general Koch, excelente escritor militar y mucho más exacto en sus juicios que el mariscal Marmont en los suyos, dice que cómo con treinta mil hombres se podía querer dar una segunda batalla á todos los ejércitos de la coalición. En vista de lo que precede, se puede conocer cuáles eran las verdaderas intenciones de Napoleón. El enemigo podía operar por Troyes ó por Chalóns, y él debía sostenerse en medio, á fin de estar pronto á correr á cualquiera de los dos caminos amenazados, no buscando una batalla general, como le echan en cara, sino procurando atender á todas las eventualidades con lo que tenía, es decir, con casi nada. Por consiguiente sólo se debe admirar á la vez su genio y su valor en aquella situación extraña y casi sin igual en la historia.

(N. del A.)